

IGNATIUS FARRAY

VIVE

COMO um

Mendigo

BAiLa

PRÓLOGO DE
DAVID
BRONCANO

COMO
um

REy

IGNATIUS FARRAY

VIVE

COMO un
Mendigo

BAILA

COMO un
REY

© El Grito Sordo S.L., 2020
© por el prólogo, David Broncano, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Este libro ha sido redactado a seis manos por Juan Ignacio Delgado Alemany, Dinah Robledillo y Rosa Ponce
Corrección de estilo a cargo de M. Roser Macià Alcaide
Ilustraciones a cargo de Roberta Vázquez (páginas 19, 37, 53, 73, 95, 121, 139, 175, 205, 227 y 262), Aroha Travé (páginas 11, 34, 47, 59, 85, 103, 118, 129, 149, 168 y 250) y Rafa Mata (páginas 188, 189, 190, 191 y 199)

Todo el material gráfico, así como el epílogo, ha sido cedido por El Grito Sordo S.L.

Primera edición: octubre de 2020
ISBN: 978-84-9998-822-1
Depósito legal: B. 17.488-2020
Composición: Karakter Studio
Impresión y encuadernación: Liberduplex
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1. NIÑO EN GRANADILLA



«Quien habla solo, espera hablar con Dios algún día.»

—Antonio Machado

Granadilla de A bona, 2 de diciembre de 1973

Granadilla de Abona está en las medianías. Las medianías profundas. Ni en la playa ni en la montaña. De niño pensaba que mi pueblo lo era todo. Y cuando digo «todo», me refiero a que de verdad pensaba que todo el mundo era de mi pueblo. La gente que salía por la tele, los presentadores de informativos, Camilo José Cela, Bárbara Rey, José Luis Ozores... Pensaba que todos eran de mi pueblo, e incluso me parecía verlos en los bares y comprando en los comercios.

A pesar de que lo más importante que le haya pasado a mi pueblo en los últimos años fuera la apertura de un Mercadona en los ochenta —gracias al *boom* turístico de Tenerife—, Granadilla tenía cierta relevancia en el sur de la isla. No solo gracias al turismo. Había muchos negocios prósperos. Por parte de la familia de mi padre, Farray Motor (con mi tío Sergio al frente). Recuerdo también a mi tía Darina, que me cuidaba mucho, trabajando desde muy jovencita en el Banco Bilbao. Y por parte de la familia de mi madre, Muebles Nuri. Más o menos, a todo el mundo le iba bien en Granadilla y los niños teníamos libertad total para jugar y correr por el pueblo. Había muchas huertas y las cruzábamos para ir al colegio. Un vecino de mi abuela, don Anselmo, araba su huerta con un camello. Y a mí me subía encima del gigantesco animal.



Muebles Nuri era una tienda de muebles que había montado mi abuelo materno, don Pedro, y al que le había puesto el nombre de mi madre, Nuria, que no trabajaba vendiendo muebles, sino en el bazar, Bazar Nuri. Este bazar era uno de los negocios más destacados del pueblo, porque vendía de todo. Y ahí pasaba yo muchas tardes con mi madre. Lo mejor que pueda tener en mi vida es porque se me pegó de ella. Su manera de ser es lo mejor que me pasará nunca. Sin necesidad de decírmelo en ningún momento, me enseñó lo que es bonito y lo que es bueno.

Para montar Muebles Nuri, mi abuelo había construido un edificio en el que, además de la tienda de muebles, hizo viviendas para todos sus hijos. Lo de vivir todos en el mismo bloque ha hecho que mi familia siempre haya estado muy unida. Era, prácticamente, como vivir todos juntos. Por eso los primos nos hemos sentido siempre como hermanos. En mi caso, fue así especialmente con mi primo Juanmi, con el que me llevo diecinueve días de diferencia



respecto a nuestras fechas de nacimiento, y con el que compartí mi infancia al completo.

Pese a haber estado siempre rodeado de mi familia, yo siempre he ido bastante a lo mío. Soy el mayor de mis hermanos y creo que a mi padre le hubiera gustado que yo hubiese pasado más tiempo con él, acompañándole y compartiendo vivencias, en vez de quedarme solo en casa mirando al techo. Y ahora que él ya no está, muchas noches sueño que nos encontramos de nuevo y vamos juntos paseando a este o a aquel sitio, solo por el placer de dar una vuelta y poder hablar un rato de nuestras cosas.

Mi padre Javier fue corredor de *rallies* semiprofesional, aunque también tuvo otros trabajos —en los que siempre iba muy a su aire—. Ahora me doy cuenta de que, además de ser idénticos en aspecto físico y tener el mismo tipo de cardiopatía, su forma de vida y la que yo tengo ahora sí que se parecen mucho. Esa falta de un orden preestablecido de horarios. Y esa forma de hacerse uno mismo su día a día según surja una cosa u otra, la misma que tenía él cuando yo era pequeño. Aunque nuestras profesiones sean distintas, nos relacionamos con el tiempo de la misma manera. Recibimos una especie de libertad a cambio de cierto desorden.

(Confieso que creo que también heredé de él la forma tan sentimental de vivir las cosas.)

Por suerte, luego vino mi hermano Francis, que sí que compartió mucho tiempo con mi padre. Por el mismo motivo por el que no conseguí intimar más con mi padre, tampoco tuve una relación muy estrecha con mis hermanos. Yo seguía yendo mucho a mi rollo. Esto se notó aún más con mi hermana Nuria Esther, con la que no llegué a compartir mucho porque ella era todavía muy pequeña cuando yo me

fui a vivir fuera de casa. Soy muy consciente de lo que me he perdido después de haber estado tantos años lejos. Este desconocimiento, sin embargo, no ha evitado que los tres hermanos estemos muy unidos. Existe mucho cariño entre nosotros.

Niño «loser»

Aunque ya digo que tuve una infancia feliz y rodeada de gente, yo era bastante peculiar. Me encantaba ir a mi aire. Era como un niño con alma de viejo. De hecho, si con alguien compartía sentido del humor cuando era pequeño, era con mi abuela Irene.

Mi abuela Irene, a la que llamaba Mamanenes, no era realmente mi abuela. Para mí fue como una segunda madre porque vivía en casa con nosotros y pasaba mucho rato con ella. En realidad, era mi tía abuela. Mi padre se había criado con ella en vez de con su madre, María del Carmen. Mi abuela María del Carmen me quería muchí-



simo también; yo la llamaba Aba. También en eso me parezco a mi padre. Él también sintió esa distancia y esa especie de desarraigo con respecto a su hermano Sergio y su hermana Darina, aunque fuera por circunstancias distintas.

Mamanenes se reía mucho con el humorista Gila. Su risa hacía que conectara con ella de una forma muy visceral, porque yo, al ser tan pequeño, realmente no entendía lo que decía Gila. No es que me influyera Gila, sino la forma en la que mi abuela se reía viéndolo. Aquella imagen me parecía el éxtasis cómico.

Como fui el primogénito por parte de la familia de mi padre, sentía que me trataban de una manera muy especial y me hacían sentir muy importante. Mi abuela me llevaba a todas partes en su SEAT 600 y me exhibía ante la familia; todo el mundo me reía las gracias y me encantaba ser el protagonista. Por las tardes solía llevarme a Chimiche, su pueblo, donde se reunía con sus hermanas. Recuerdo que escuchar a esas mujeres hablar y reírse juntas me parecía la felicidad absoluta. Disfrutaba cada segundo de esas meriendas; yo sentado en un rincón echándole trocitos de queso blanco a mi tacita de té, mientras escuchaba la risa de aquellas mujeres vestidas de luto. Si tuviera que definir mi humor con una palabra, diría que es «chimichero» (de Chimiche).

Quizás era un niño *loser*, pero un *loser* que aún no sabe que lo es. En esta foto, por ejemplo, mi cara es la de un niño al que la vida le ha pasado por encima. Parece que venga de vuelta. Un niño adulto consciente y preocupado por la futura custodia de su hijo. Que ya sabía qué partes de él ocultar en ese juicio y con qué otras facetas presumir para poder pasar más tiempo con él. En serio, mírenlo a los ojos. Es un niño capaz de enfrentarse a un divorcio. Un niño que está deseando que cada invitado se vaya a su puta casa para por fin

quedarse solo y rememorar aquellos años mejores en los que, a la tierna edad de dos años, jugaba solo a ser un pequeño Hugh Hefner convirtiendo su habitación en la mansión de Playboy.

Quizás ese payaso que está conmigo podría haberme dado lecciones sobre cómo hacer reír o sobre cómo acercarme al camino de la comedia. Es un puto payaso; es su trabajo, al fin y al cabo, pero no hay más que verle la cara para darse cuenta de que estaba aún más perdido que yo. Él no sabía nada acerca de ser gracioso y sí mucho acerca de sobrevivir. Ese payaso fue el primero que me dijo «Mírame, soy tu futuro».

Llegar a algún sitio significa haber recorrido un camino, pero no tiene por qué haber sido en línea recta. Considero que llegué a la comedia deambulando más que caminando. Y es por eso que se puede considerar que cada paso que di fue dirigido hacia donde estoy ahora. Todo lo que sucede, conviene.

Monaguillo y cómico

Desde pequeño he sentido la pulsión de ser observado. Siempre he querido tener un maestro que me vigilara en mis tropiezos y guiara mis pasos, siempre he buscado y, en ocasiones, incluso provocado ese ojo espía que juzgara y aprobara mis actos con amor.

La búsqueda de mi mentor empezó muy pronto. El primero fue el cura de mi pueblo, don Manuel, un sacerdote medio loco y místico con la mirada perdida, como si se le apareciera la Virgen permanentemente. A mí me gustaba que el cura se fijara en mí, así que empecé a ir más temprano de lo normal a catequesis para limpiar las sillas de la clase antes de que llegaran los demás niños. Para mí era como hacerle



una ofrenda a la autoridad espiritual de mi pueblo. No quería forzar la situación, pero en mi fuero interno deseaba que el cura me encontrara allí por casualidad y se diera cuenta de lo bueno que era. Y así pasó.

Un día, por fin, el cura abrió la ventana y me vio haciendo esta tarea que nadie me había pedido nunca. Yo sabía que me estaba mirando, pero disimulé y seguí limpiando. Al momento, vi como cerraba de nuevo la ventana y se volvía en silencio negando con la cabeza. Le dio exactamente igual. Fue uno de mis primeros derrapes en el mundo de los escenarios.

Ir a catequesis me gustaba mucho, no solo por mi pasión por hacer el bien, sino porque hablar en alto en catequesis fue para mí como descubrir el fuego. Me flipaba ver que a la gente le hacía gracia algo que yo había dicho. No sabía aún lo que era un *punchline*, pero sentía mucha felicidad si algún compañero decía algo y yo conseguía

rematar su frase con algo gracioso. Me enganché a ello. Y sí que recuerdo mis clases de catequesis como si fueran actuaciones exitosas. Dentro del ámbito eclesiástico, ya me estaba acostumbrando a los altibajos que de todos modos siempre he tenido en el *show business*.

Mi familia se enteró de que yo era gracioso en catequesis, así que un día decidieron que era el momento de llevarme delante de El Papa para que le contara un chiste. Tenía entonces siete años.

El Papa era mi abuelo materno, el patriarca de la familia. Era una figura de autoridad a la que todos queríamos y respetábamos. Por eso, cuando a mis padres se les ocurrió que yo le contara un chiste, fue como si le estuvieran haciendo una ofrenda para impresionarlo llevando ante él al niño gracioso.

Mi primera actuación programada y organizada con un público expectante fue un completo desastre. Toda mi familia me miraba, esperando a que contara algo. Empecé a sentirme mal y me entró la risa nerviosa, la misma que me sigue entrando ahora cuando estoy



incómodo. No me salía el chiste que quería contar, me enredé, no se entendía nada y encima no dejaba de reírme. Viendo que no salía de ahí, El Papa y mi familia empezaron a perder interés en la historia y pasaron a otra cosa, quedándome yo ahí en el más absoluto fracaso. Todavía recuerdo esa sensación de no ser capaz de contarle un chiste a mi abuelo y me pongo nervioso al pensar que ojalá me hubiera visto petándolo en catequesis.

El segundo intento de búsqueda de un mentor fue Juan Antonio Samaranch, el presidente del Comité Olímpico Internacional. Me gustaba fantasear que me espiaba durante las tardes en las que jugaba solo al tenis contra la pared en la terraza de mi casa, mientras en el radiocasete no paraba de sonar la cinta de *Like a Virgin*, de Madonna. En mi fantasía, él me mandaba una carta en la que me pedía, por favor, que participara en los Juegos Olímpicos de Barcelona del 92, ya que me había estado observando y creía que yo era la nueva joven esperanza para el tenis español. Hasta llegué a redactar esa carta con mi letra de niño de diez años e hice que mi madre la firmara, porque yo no sabía hacer una firma de adulto, y me la envió por correo a mí mismo para enseñársela orgulloso a mi hermano pequeño, Francis.

Pero esa carta nunca llegó y fui acumulando rechazos de posibles mentores hasta que me topé con Agustín, mi profesor de música y ética de 1º de BUP. Yo acababa de cumplir trece años y andaba dando bandazos por la vida. De hecho, era la época en la que vivía como un pintor bohemio de sesenta años. Sí, exacto. Si pensáis que ahora soy hípster por vivir en Malasaña y beber Kombucha Bio, es porque no me conocisteis cuando tenía trece años.

Todo empezó con la muerte de mi abuelo materno. Cuando esto ocurrió, mi familia pensó que yo era el más adecuado para mudarme

a casa de mi abuela y hacerle compañía. Sí, ese niño asqueado de la vida con la mirada perdida que habéis visto antes en la foto del cumpleaños era la mejor opción para animar a mi abuela María Agustina tras haber perdido a su marido.

Yo me lo tomé en serio. En esa época, me tomaba a mí mismo mucho más en serio que ahora, así que les aseguro que no había nada de ironía en lo que les voy a contar. De hecho, quizás eso es lo único que me faltó para convertirme de verdad en el primer hípster canario de la historia, y es que un hípster sin ironía no es más que una persona con gustos pasados de moda.

Así que me mudé a la casa de mi abuela. Hacía muy poco que mi abuelo había fallecido y todas sus cosas seguían allí. Empecé a llevar su ropa y a pintar cuadros y a escribir poesía como hacía él. Fue como si al ponerme por primera vez un chaleco suyo, el espíritu de mi abuelo me «vampirizara». No creo que esto fuera un acto simbólico por mi parte, al fin y al cabo tampoco estábamos tan unidos como para que yo actuara de una forma sentimental. Simplemente, me gustaba dar la nota y llamar la atención; era algo de lo que ya me había dado cuenta con mis intervenciones en catequesis.

La casa de mi abuela era enorme. La había construido mi abuelo y tenía un montón de habitaciones, un sótano y una terraza donde había una buhardilla. Ese fue el sitio que elegí para instalarme. Allí tenía cierta independencia, ya que podía entrar y salir sin molestar a mi abuela. La convertí en mi buhardilla bohemia de Montmartre. Solo me faltaba fumar en pipa y un croma detrás de mí para colar la Basílica del Sagrado Corazón en Granadilla de Abona.

Además de pintar al óleo, empecé a escuchar a Antonio Machín y a Carlos Gardel a todas horas en el tocadiscos de mi abuelo.



¡Escuchaba tangos! ¡Me empezó a salir barba! Fue tan oportuno que no me creo que mi cuerpo tuviera planeada tal cantidad de vello facial tan pronto, pero ¿qué podía hacer? Vivía como un señor de sesenta años del siglo XIX, físicamente había que estar a la altura.

Tenía la idea de que aquella situación debía de ser perfecta para mi abuela. Cuando estaba en la cocina, le ponía música de su época pensando que estaría encantada, pero luego vi que no le prestaba atención y pasaba. Igual que lo hacían las niñas de mi clase. Muy lejos de dejarse impresionar por el Picasso canario, las niñas nunca se fijaron demasiado en mí. Pensándolo ahora, la verdad es que no me extraña.

La única que me hizo un poco de caso fue Candelaria, y no era poca cosa. Candelaria era una niña de mi clase que me gustaba mucho y la primera y última que vino a mi buhardilla. Debió flipar muchísimo al encontrarse aquel taller de pintura y a ese niño vestido de anciano bohemio poniéndole boleros. La visita fue un escándalo. Mi abuela les contó a mis padres que yo había subido a una chica a la buhardilla. Creo que ni nos besamos.

Agustín e Ignatius Reilly

Como dije antes, mi profesor de música y ética, Agustín, acababa de aparecer en mi vida, y para mí pronto empezó a ser alguien muy importante. Permanentemente desaliñado y sirviéndome de ejemplo moral a cada paso, ¡era mi propio Diógenes de Sinope contemporáneo! ¡Un Marco Aurelio posmoderno en las medianías profundas del sur de Tenerife!

La manera de ser de Agustín fue muy valiosa para mí. Si bien él intentaba servirme de espejo en el que poder reflejarme, yo supe aprovechar a la perfección todo el conocimiento que mi profesor me brindaba absorbiéndolo hasta las últimas consecuencias. Si Agustín utilizaba el humor en todas sus conversaciones, yo empezaba a vacilar a la gente; si Agustín iba desaseado y con barba como un filósofo de la Antigua Grecia o como un emperador romano desterrado, yo empezaba a ir algunos días al instituto con *cholas* de estar por casa y calzoncillos en vez de pantalones cortos, intentando también, a mi manera, predicar algo a través de la extrema pobreza. Y ese era mi espejo. Solo me faltaba presentarme en clase con un cuenco y un báculo.

Agustín me habló de Fellini, así que yo me volví un *hooligan* de Fellini. Agustín no tenía carné de conducir, yo tampoco lo tendría en mi vida. Ni que decir tiene que fue a él a quien regalé la que para mí era una de mis mejores obras: una interpretación muy a mi manera de *El Martirio de San Bartolomé*, de José de Ribera.

Agustín me enseñó cosas importantes sin saber siquiera que me las estaba enseñando. Fue en él en quien vi por primera vez la opción de afrontar un discurso desde la comedia. Agustín no contaba chistes, pero intentaba ser gracioso cuando explicaba el temario en clase. Yo nunca antes había visto esa actitud en otros profesores.

Puedo decir que soy lo que soy como cómico por Agustín. Con él hablaba por teléfono durante horas para comentar las actuaciones de Faemino y Cansado que veíamos por la tele, me daba consejos para que me pudiera ligar a Candelaria e incluso me animó a ir a Madrid a estudiar cine. De hecho, fue él quien comenzó a llamarme Ignatius porque decía que le recordaba a ese Ignatius Reilly que salía en el primer libro que me regaló y que me marcó de por vida: *La conjura de los necios*.



Yo no era, sin embargo, el único niño que mi profesor había elegido para fundar su propia escuela de Atenas en Granadilla. Agustín iba seleccionando entre los especímenes más sensibles y marginados del instituto a los integrantes de su círculo. Nos reuníamos a menudo en su casa para escuchar música y hablar de libros y, sobre todo, de cine, mucho cine. Y ahí, con él, también estaban Daniel y Antonio Fumero, mientras Agustín jugaba al ajedrez con nosotros y nos echaba las cartas del Tarot para leernos nuestro destino.

Me río cuando lo recuerdo. Ahora que lo pienso, lo pasaba fatal cuando en esas conversaciones otro niño acaparaba la atención de Agustín por haber dicho algo gracioso. Era algo que no soportaba porque, ya por entonces, consideraba que mi camino debía guiarme hacia convertirme en el Faemino y Cansado de mi generación.

Tenía un rival claro: Platón Domingo, mi némesis. Como era repetidor, tenía una edad más cercana a la de Agustín, que por entonces tenía veinticuatro años, y compartían unos códigos y una complicidad de los que yo me quedaba fuera con mis trece años recién cumplidos. Gracias a esa rivalidad y a mis celos mal disimulados hacia Platón Domingo, poco a poco me fui moldeando y convirtiendo en la persona que soy ahora, y solo porque quería conseguir el estatus de ser el favorito de Agustín. Me encantaba sentirme observado por él a cada paso que yo daba y escuchar las opiniones que se iba formando de mí.

Durante todo este tiempo, no he querido perder el contacto con él. Es una persona importantísima que me ayudó a imaginarme quién podría ser yo en el futuro.